

**EL MISMO Y EL OTRO.
LA EVOLUCIÓN ASIMÉTRICA DE ALGUNOS
LEXEMAS PROPIOS DE LAS LENGUAS
SEMÍTICAS E INDOEUROPEAS
Y SU INCIDENCIA EN LA REVELACIÓN
BÍBLICA Y CORÁNICA**

*THE SELF AND THE OTHER. ON SOME LEXEMS SHARED
BY SEMITIC AND INDO-EUROPEAN LANGUAGES, THEIR
ASYMMETRICAL EVOLUTION AND THEIR INCIDENCE UPON
BIBLICAL AND KORANIC REVELATION*

***Carlos A. Segovia**

Universidad Complutense de Madrid
Madrid-España

RESUMEN

La exposición del Mismo al Otro (de la Identidad a la Alteridad) constituye el núcleo de la Revelación bíblica y coránica, pero está presente ya en la estructura misma de las lenguas semíticas. El estudio de éstas y, paralelamente, el análisis de la evolución asimétrica registrada por algunos lexemas comunes tanto a las lenguas semíticas como a las lenguas indoeuropeas permite, en efecto, confirmarlo así y extraer algunas implicaciones, no sólo desde un punto de vista lingüístico, sino también filosófico, respecto del constante desafío que representa para el lector occidental la comprensión de los textos bíblico y coránico.

Palabras Clave: Identidad, Diferencia, Filosofía de la Religión, Filosofía del Lenguaje, Lingüística Comparada.

* Doctor en Filosofía e Investigador por la Universidad Complutense de Madrid.

ABSTRACT

Exposure to Alterity is the axis of both Biblical and Koranic Revelation. Yet such an exposure is also present in the structure of Semitic languages. The study of Semitic languages and the analysis of the asymmetrical development that has characterized some lexems originally shared by Semitic and Indo-European languages proves this to be true. And some important implications, both from a linguistic and a philosophical viewpoint, may be thus inferred concerning the challenge that involves for a Western reader understanding the Bible and the Koran.

Key Words: *Identity, Alterity, Philosophy of Religion, Philosophy of Language, Compared Linguistics.*

Que la escucha del Otro, el diálogo y la hospitalidad condensan lo esencial de la Revelación bíblica y coránica es algo evidente de suyo. Que, a diferencia de las lenguas indoeuropeas, las lenguas semíticas sugieran ya la primacía de la alteridad sobre la identidad, o, como mínimo, la constante exposición de la segunda a la primera, lo es quizá algo menos. Las páginas que siguen tratarán de fundamentar esta afirmación.

Lo primero que llama poderosamente la atención, si se concede que identidad y permanencia son nociones estrechamente emparentadas y en cierto modo contrapuestas a la noción de alteridad,¹ es el hecho de que, en el marco de las lenguas

¹ En la medida en que identidad es, etimológicamente, una palabra construida por yuxtaposición del adjetivo demostrativo *ídem*, formado a partir del pronombre demostrativo *is* con la adición del sufijo *dem*, y del sustantivo *entitas*, de donde la expresión compuesta *ídem entitas*, o sea, una misma entidad en el sentido de precisamente ésta y no otra, o ella misma en tanto que ella misma, es decir, una misma entidad coincidente consigo misma y, por lo tanto, replegada sobre ella misma, luego indiferente a todo posible cambio capaz de alterarla (repárese en que *alter*, *alteritas* y *alteratio* comparten la misma raíz) y de transformarla en otra cosa, habida cuenta, además, de que *entitas* (al igual que también *essentia* y *substantia*, así como en general el verbo *sum* y todos los términos con él morfológica y semánticamente relacionados, en torno a los cuales gira desde el comienzo el discurso de la filosofía) deriva de la raíz verbal indoeuropea monoconsonántica **(h)as-/is-/es-/s-*, primitivamente *{h(e)s-}*, según la teoría de las consonantes laringeas protoindoeuropeas formulada en su día por H. Möller; cf. a este respecto Levin, S. (2002). *Semitic and Indo-European II: Comparative*

semíticas, las nociones de permanencia y de alteridad no se excluyan mutuamente.

Ello no significa, obviamente, que las lenguas semíticas carezcan de la noción de identidad. El pronombre personal reviste con frecuencia un valor enfático tendente a subrayar cuál es el sujeto de la frase, o, mejor dicho, de la acción, que es, no obstante, lo que prima siempre. Por su parte, el artículo determinado, cuyo uso arcaico parece haber sido el demostrativo, se antepone a un nombre, o bien a todo un predicado, determinado por el contexto precedente o por quererse aquél único en su especie. Ambos denotan, así pues, la idea de mismidad en el sentido de que, en ciertos usos, resaltan que se trata de algo y no de otra cosa. Pero lo que permanece (idéntico a sí mismo, diríamos nosotros) está de una manera u otra en las lenguas semíticas, expuesto al afuera y a la exterioridad.

Tomemos, por ejemplo, dos raíces verbales compartidas por tales lenguas para expresar la idea de permanencia: La raíz **'bd/t* y la raíz **bqy*; así como las dos secuencias radicales que están en la base de cada una: *bd* en el primer caso y *bq* en el segundo.²

A la primera raíz (*'bd/t*) es inherente el significado de perdurar, pero también, simultáneamente, el de perderse e incluso perecer; de hecho, el primer significado procede, muy probablemente, del segundo: el valor semántico central de la raíz sería el de transgredir los límites, y ese salir de los límites de lo propio (que no tiene por qué redundar necesariamente en la imposición a

morphology, syntax and phonetics, Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, p. 14, raíz, ésta, a la que es inherente el significado de asentarse y permanecer en sí mismo o en identidad consigo mismo frente a toda alteración venida de fuera, de lo Otro que se opone, en cuanto tal, a lo Mismo (* indica, aquí y en lo sucesivo, una forma lingüística hoy empíricamente constatable, o bien textualmente documentable; {} indica en cambio una forma reconstruida; y /, tales o cuales variantes a partir de un mismo étimo).

² Cf. para todo ello Cohen, D. (1970/1976). *Dictionnaire des racines sémitiques ou attestées dans les langues sémitiques*. París : Mouton, (reed. Lovaina, Peeters), fasc. 1, p. 2 y fasc. 2, pp. 43-44, 78-80. La *t* final akadia (*'bt* en lugar de *'bd*) es al parecer etimológica, pero se habría transformado en *d* en las lenguas semíticas occidentales por influencia de la *b* precedente.

los demás) conllevaría a su vez la posibilidad de durar entendida como el no agotarse en uno mismo, sin que, en consecuencia, la perdurabilidad de algo dependa aquí de su replegarse sobre sí, de su ser así y no de otro modo, en una palabra, de su identidad (contrástese esto con lo apuntado en la nota 1). Y es que la secuencia radical *bd* denota la idea de romper, atravesar, separar, dispersar, etc.; pero también, por extensión (en la medida en que lo que es atravesado queda expuesto a lo que es otro, cuya acción recibe), la de abrirse o vincularse a otra cosa. **Abbad* significa por ejemplo, en árabe, a un tiempo, perpetuar y vincular un algo a otro algo. Como si se dijera: de nuestra adaptabilidad, de nuestra permeabilidad a lo Otro que nos sale al paso, depende en realidad nuestra supervivencia.

Algo parecido sucede con la secuencia *bq*, a la que es implícita la idea de hender, cortar, entreabrir, etc.; y con las raíces que derivan de ella. Así y por ejemplo la raíz *bqy*, a la que es inherente tanto el significado de permanecer, restar, quedar, abundar (**al-Bâqî*, el Eterno, es justamente uno de los Nombres de *Allâh*) como (véase una vez más la diferencia que esto supone respecto de lo señalado en la nota 1) el significado de estar en peligro y ser herido. Lo que conduce hacia lo uno puede, más o menos abruptamente, desembocar en su contrario. La apertura de lo que se prodiga extendiéndose sin violencia allende sus límites iniciales (**biqueâ* designa, en cananeo y arameo, el amplio valle, la llanura) puede poner en peligro a lo que, por abrirse de ese modo, diríase entonces que se abandona. Precisamente porque la ausencia de exterioridad no está nunca garantizada de antemano. Y porque la generosidad no presupone la cautela. En suma, porque hay siempre, frente a lo Mismo, lo Otro, que, si de un lado adquiere rasgos ciertamente inquietantes para la estabilidad de lo propio, representa también, inversamente, un campo de posibilidades con vistas a su fructificación. De ahí que en cananeo, nuevamente, {*bâqaq*} se aplicara, como adjetivo, a la vegetación abundante, y no a la planta solitaria... , aunque fructificar más allá de los propios límites corre indudablemente

el riesgo de tornarse avaricia (**baqqot* en etiópico) si lo que se pretende es, con ello, invadir lo Otro.

Sea como fuere, la mera existencia de ambas raíces muestra a todas luces que la idea de una identidad no expuesta a la alteridad resulta inconcebible en el marco léxico-semántico de las lenguas semíticas. O también, que lo Mismo y lo Otro están íntimamente relacionados: a las puertas de lo Mismo está siempre lo Otro, en ocasiones como una amenaza, sí, pero en otras como lo que, interpelando a lo Mismo desde un afuera al que lo Mismo no deja de estar de entrada abierto, lo invita a rebasar sus límites y a salir a su encuentro, no siendo siempre fácil, por lo demás, distinguir entre esas dos posibles acepciones que la alteridad reviste frente a –o habría que decir mejor, junto a– la identidad.

Pasemos ahora de las lenguas semíticas en general a la lengua hebrea, sobre la que descendió inicialmente la Revelación.

La primera de las dos secuencias radicales previamente referidas (*bd*) da lugar en hebreo bíblico al verbo **'âbad*, el cual limitase en su significado a la primera de las acepciones comentadas a propósito de la raíz *'abd*: extraviarse, perderse, perecer (con valor reflexivo), o bien eliminar, acabar con algo, destruir (con valor transitivo). A decir verdad, la idea de duración es inherente a dicho verbo, únicamente, cuando va él precedido de la preposición (con uso adverbial) **'ad*, que reviste por sí misma un valor durativo, en cuyo caso se trata, para ser exactos, de una duración limitada en el tiempo, es decir, no absoluta, pero también, paradójicamente, de una duración que, a causa de su amplitud (contemplada ella desde el tiempo vivido, a medida en que él es vivido, dentro de los límites que corresponden a toda vida humana, breve en un sentido pero largísima en otro), finge desconocer su término. Así, la expresión **'adê 'obed* significa “para siempre... hasta perecer”, lo que equivale a decir, sencillamente, “para siempre”. Y esa ambigüedad quiérese insoslayable, forzoso es reconocerlo, desde una perspectiva intralingüística.

Más allá de esto y, sin embargo, no encontramos en dicha lengua, atendiendo a la sola raíz derivada de esa secuencia ra-

dical, la bifurcación semántica anteriormente notada al hablar, en términos generales, de las lenguas semíticas. Que el protosemítico comprendía originalmente ambos vectores semánticos y que, dependiendo del contexto, las lenguas surgidas de él dieron en recoger uno, otro o los dos, respectivamente, viene mostrado, con todo, por el hecho de que al menos una lengua semítica, el árabe (la más tardía en cuanto a su codificación sin duda, pero también la más completa léxicamente y la más arcaica), registra ambos por igual.

En cuanto a la secuencia *bq*, ella da lugar en hebreo bíblico, entre otros, a dos verbos distintos pero aún así próximos desde un punto de vista semántico: **bâqa'* y **bâqaq*. El primero denota la acción de rajarse, hender, resquebrajarse, dividir, romper, cortar, rasgar, atravesar, abrir paso, es decir, una serie de acciones semánticamente relacionadas entre sí y susceptibles también de adquirir un valor reflexivo. Mientras que el segundo denota, por su parte, la acción de asolar y arrasarse.

¿Significa ello que lo aplicable al conjunto de las lenguas semíticas no sería aplicable al hebreo bíblico?

En modo alguno. Las principales raíces verbales que denotan, en el hebreo bíblico, la acción de permanecer y otras a ella contiguas semánticamente hablando –como son, por ejemplo, las de detenerse, establecerse y hacer guardia, asentarse, guarecerse, mantenerse en pie, defenderse, quedar ileso o a salvo, morar, durar y subsistir– son las siguientes: **'âman*, **hâsâh*, **yâsad*, **yšb*, **yâšhab*, **yâtar*, **nšb*, **'âmad*, **šhâkan*, **šhlm*.

Pues bien, sólo dos de ellas (**hâsâh*, **yšb*) giran en torno a la idea de que lo que permanece lo hace a costa de lo Otro. Las restantes son, por decirlo así, neutras. En otras palabras, no conjuran la alteridad en nombre de la identidad. Es cierto que no superponen la una y la otra, al modo ya visto. Pero tampoco las contraponen. Y si puede afirmarse, como parece razonable, que la acción de calmarse y/o cerrarse guarda alguna relación semántica con las restantes acciones enumeradas hasta aquí –que servirían a su vez para traducir al hebreo lo expuesto en la nota 1– hay

entonces que poner de relieve que el verbo **râga*‘ sí consigna en cambio esa doble perspectiva de manera explícita.

Tres son en efecto las acepciones de dicho verbo: 1) calmarse, sosegarse; 2) agitar, sacudir; 3) cerrarse y/o cicatrizar, romperse y/o estallar. Repárese en que la tercera enfatiza en mayor grado si cabe la ambigüedad perceptible al examinar comparativamente las dos primeras.

¿Cuál es, estando así las cosas, podríamos preguntarnos, la línea divisoria que permitiría distinguir lo uno de lo otro (1 de 2 y los dos sentidos implícitos a 3)? Una línea puramente contextual, sin duda, y en dicho sentido intraliteraria (o bien, en el caso del hebreo hablado, deducible de la situación concreta del habla). Pero no es el contexto literario (ni el contexto comunicativo en sentido amplio) lo que aquí nos interesa, sino la multiplicidad de posibilidades semánticas interna a los lexemas de una(s) determinada(s) lengua(s). El hecho de que una palabra signifique una cosa y también su contrario, tan habitual por lo demás en las lenguas semíticas, representa todo un desafío no sólo metalingüístico, sino también existencial, para quienes contemplamos la vida a través del prisma de la lógica característica de las lenguas indoeuropeas, en las que todo está en su sitio y hay un único sitio para cada cosa. Por lo mismo, el hecho de que la acción de cerrarse (y, cabría aventurar entonces, de replegarse sobre uno mismo) sea semánticamente vecina de la acción de romperse (afectando tal ruptura a la identidad de lo así pretendidamente cerrado sobre sí mismo), no puede dejarnos indiferentes ya que constituye una radical puesta en cuestión de la indiferencia que define, en cuanto tal, a la identidad, conforme a lo señalado en la nota 1.

Ahora bien, ¿cuál es el verdadero alcance de esta aparente violencia metalingüística? ¿Realmente nos obliga ella a ver algo que, en principio, habida cuenta de la visión del mundo que nos suministran nuestras lenguas indoeuropeas, no podríamos ver? ¿O que sólo podríamos ver dejándolas de lado? No exactamente. Quizá sea más bien una cierta rememoración (una cierta *anámnesis*) la que se impone. Pero veámoslo.

Regresemos de nuevo sobre la idea de permanencia. Idea, ésta, a la que hemos recurrido para acotar semánticamente la noción de identidad como contrapuesta a la de alteridad e indicativa de la aspiración a ser en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo, de lo que se quiere ello mismo en tanto que ello mismo y no otra cosa.

Convendrá tener presente, de entrada, algunos datos relativos a la situación actual de la investigación lingüística comparada. Y a su historia reciente.

Se reconoció por parte de W. Jones en 1786, que el sánscrito, el griego y el latín poseían una estructura gramatical análoga y una más que notable afinidad léxica. Esta constatación supuso el nacimiento de lo que más tarde daría en llamarse la lingüística indoeuropea, y que, según el propio Jones, podía probablemente arrojar nueva luz, asimismo, sobre el gótico y el celta, lenguas a su juicio genéticamente emparentadas con las anteriores. Siguiéron diversas investigaciones más o menos independientes durante todo el siglo XIX y el siglo XX, las cuales vinieron a corroborar en última instancia semejante hipótesis. Y el método comparado fue aplicado con éxito (lo había sido ya, en parte al menos, por el propio W. Jones) a otra serie de lenguas. Algunas quedaron incluidas en el grupo de las indoeuropeas, mientras que otras se vieron excluidas de éste, ya fuera a título de lenguas aisladas, ya formando otras varias familias.³

El único límite inicialmente impuesto a tales estudios, que poco a poco fueron rebasando el ámbito de la lingüística indoeuropea (a lo que contribuyó el desarrollo autónomo de las ciencias filológicas), fue el fijado por la Sociedad Lingüística de París en 1866. En una histórica reunión, sus miembros se pronunciaron acerca de la inconveniencia de emprender investigaciones que

³ Sobre los hallazgos de W. Jones y su ulterior legado véase Cannon, G. (1991). Jones's Sprung from Some Common Source. En S.M. Lamb & E.D. Mitchell (eds.), *Sprung from Some Common Source: Investigations in the Prehistory of Languages*. (pp. 23-47). Stanford, California: Stanford University Press.

tuvieran por objeto esclarecer el origen de las lenguas, ya que, por remoto, no podía considerarse éste sino indemostrable, así como insatisfactoria toda indagación de tal índole, en la que, antes o después, la ciencia terminaría por ceder su lugar, así las cosas, a la mera divagación. Tal pronunciamiento adquirió de inmediato un sesgo normativo. Y a partir de ese momento, la lingüística comparada optó mayoritariamente por un enfoque sincrónico, o bien por un enfoque diacrónico dentro de ciertos límites y complementario del primero.

El círculo de los estudios lingüísticos comparados fue posteriormente ensanchándose, y tanto lenguas como familias de lenguas a primera vista disímiles quedaron agrupadas en una serie de familias y macrofamilias lingüísticas vinculadas entre sí. D. H. Pedersen, a comienzos del siglo XX y tras él, en la segunda mitad de éste, V. Illich-Svitych y A. Dolgopolsky, creyeron posible relacionar las lenguas semíticas e indoeuropeas (o, mejor dicho, éstas últimas y las lenguas hoy llamadas afroasiáticas, entre las que se contarían las primeras) llegando a reunir las (junto con otras) en el seno de una macrofamilia denominada por ellos nostrática –con lo que de paso sometieron a una dura crítica la presunta exclusividad, defendida por algunos investigadores todavía hoy, de las lenguas indoeuropeas–. Más recientemente, J. H. Greenberg ha reformulado algunos de los presupuestos taxonómicos implícitos a dicha clasificación, excluyendo las lenguas afroasiáticas de la macrofamilia nostrática, incorporándole otras previamente no contempladas, y modificando su nombre por el de euroasiática, pero sin negar, pese a todo, la existencia de una relación algo más lejana entre algunas de las lenguas que conformaban la primera, así y por ejemplo entre las lenguas semíticas y las indoeuropeas. Mientras que A. R. Bomhard ha ampliado y precisado los fundamentos de la teoría nostrática.⁴

⁴ Véase para todo ello Ruhlen, M. (1994). *On the Origin of Languages: Studies in Linguistic Taxonomy*. Stanford, California: Stanford University Press. De acuerdo con los trabajos de J. H. Greenberg, confirmados en más de un aspecto por las investigaciones

Se trata de estudios, todos ellos, basados en la coincidencia de una serie de elementos léxicos y gramaticales compartidos por tales lenguas a pesar de ciertos procesos de disimilación fonética y morfológica y que procuran distinguir convenientemente entre el préstamo lingüístico, la convergencia puramente accidental y la evolución a partir de una misma fuente de esos componentes, ya sea ésta atribuible a una serie de lenguas o común a todas, pues en contra del dictamen formulado por la Sociedad Lingüística de París en 1866, no ha dejado de hablarse en los medios lingüísticos, durante los últimos cien años, de la posible monogénesis de las lenguas, defendida entre otros por A. Trombetti, M. Swadesh, E. Sapir, J. H. Greenberg y M. Ruhlen.

No obstante, la afirmación de que existe un repertorio léxico y gramatical común a las lenguas semíticas e indoeuropeas a pesar de las perceptibles diferencias que median entre ellas, no se ha visto únicamente circunscrita a los trabajos de quienes defienden dicha teoría. Ni tampoco a los de quienes agrupan ambas familias en el interior de una misma macrofamilia. Siguiendo los pasos pioneros de R. Lepsius y A. F. Pott, Th. Gramkrelidze, V. Ivanov, J. P. Brown, S. Levin y C. T. Hodge han analizado diversas etimologías (raíces nominales, verbales, pronominales, etc.) presentes en ambas familias, han examinado sus variantes e indagado acerca de la reciprocidad observable por detrás de tales cambios sin necesidad de deducir, a partir de ahí, un mismo origen para las lenguas que ellas agrupan –reconociendo tales o cuales influencias mutuas diseminadas a lo largo de la evolución histórica de cada una–, pero, a la vez, sin rechazar del todo esa posibilidad.⁵

biolingüísticas de L. L. Cavalli-Sforza, las diferentes macrofamilias lingüísticas de la humanidad serían las siguientes: la joisana, la nigerokordofania, la nilosahariana, la australiana, la indopacífica, la áustrica, la denecaucásica, la afroasiática, la kartveliana, la dravídica, la euroasiática y la amerindia, es decir, doce en total.

⁵ Véase v.g. Levin, S., 2002, *Semitic and Indo-European II: Comparative Morphology, Syntax and Phonetics*, y Levin, S., 1995, *Semitic and Indo-European I: The Principal Etymologies*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, así como Hodge, C.T. (1991). *Indoeuropean and Afroasiatic*. En S. M. Lamb & E.D. Mitchell (eds.).

Pues bien, precisamente la raíz {*mana*} subyacente, entre otras palabras, al verbo castellano permanecer, que M. Ruhlen y J. D. Bengtson han computado como una de las veintisiete etimologías comunes a todas las lenguas de la humanidad,⁶ y que en tocario aparece estrechamente relacionada con la raíz *h(e)s-* (véase lo dicho a propósito de esta raíz indoeuropea en la nota 1), es, si concedemos algún crédito a las investigaciones realizadas por estos dos lingüistas (que irían en este punto algo más lejos que el propio Levin), una raíz implícita tanto a las lenguas semíticas como a las lenguas indoeuropeas, adquiriendo en ambas familias (si bien no necesariamente en cada una de sus respectivas lenguas por separado) un doble valor semántico que vuelve a remitirnos a lo ya comentado.

De un lado, la raíz común *mana* (**'mn* sería su forma semítica, **men-* su forma indoeuropea)⁷ denotaría la idea de permanecer en el sitio, quedar, ser firme y hacerse fuerte (uno mismo en tanto que uno mismo, cabría decir). Pero, de otro, denotaría también la idea de aguardar algo, de esperar algo (en la medida en que lo que permanece podemos decir también que permanece a la expectativa) y, por extensión de éste segundo significado y superposición de ambos, la idea de ser leal o fiel a Otro.

El segundo significado es sobre todo visible, por lo que hace a las lenguas indoeuropeas, en antiguo persa, armenio y tocario. Y en arameo, hebreo, sudarábigo, árabe y etiópico (repárese en la mayor frecuencia) por lo que respecta a las lenguas semíticas.

De hecho, lo que nosotros traducimos generalmente por la voz castellana “fe” al traducir del hebreo (rabínico) la palabra **'emûnah* (raíz **'mn*), **imân* en árabe (de la misma raíz: **'mn*), expresa no tanto la creencia (a diferencia de la *pístis* griega) cuanto

Sprung from some common source: Investigations into the prehistory of language, pp. 141-165.

⁶ Cf. Ruhlen, M., 1994, pp. 309-310.

⁷ Véase, respectivamente, Cohen, D., (1970/1976). *Dictionnaire des racines sémitiques ou attestées dans les langues sémitiques*. París: Mouton, y Pokorny, J. (1959). *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*. Berna: Francke.

la confianza depositada en el Otro. Esto es sin duda perceptible tras la célebre oposición consignada por M. Buber entre el modo de fe que consiste en prestar asentimiento a un determinado estado de cosas y aquel otro que ha de ver en cambio con la confianza depositada en Otro.⁸ Bien mirado, hay casos en los que el primero presupone el segundo, pero incluso en tales casos éste no se deja reducir a aquél.

Por algún extraño motivo, y por lo demás, las culturas indoeuropeas –en el interior de cuyas lenguas, así pues, la raíz {*mana*} también se bifurca semánticamente según lo apuntado– han tendido, con el paso del tiempo, a hacer prevalecer el primero de sus significados sobre el segundo: el que equivale a la permanencia de lo Mismo frente al que nombra la confianza en y la lealtad para con el Otro. Justo inversamente a lo que ha sucedido en las culturas semíticas, y en concreto en aquellas que han hecho sitio a la Revelación. Éstas, aún habiendo conservado ambos significados en su repertorio léxico (recuérdese lo dicho anteriormente acerca del verbo hebreo *'âman), han conferido al segundo un valor más alto (más eminente) que al primero, y ello en la medida en que han hecho de la confianza en Otro el eje en torno al cual gira la vida y la religiosidad humana –y sus anhelos–, mientras que las culturas indoeuropeas han puesto el énfasis sobre todo lo contrario: sobre la certeza que conduce hacia el sí mismo.

He aquí algunos ejemplos. En primer lugar, los matices propios del vocabulario filosófico que, de Parménides a Plotino, ha convertido a lo Uno que permanece Uno en el Ser en cuyo seno buscamos reconocernos a toda costa, y a la (per)manencia cabe sí de lo Uno en su grado máximo. O que, parecidamente, ha hecho de la substancia (es decir, a lo que subyace y permanece idéntico a sí mismo por debajo de sus posibles accidentes) el objeto primero de la ciencia (Aristóteles). Sin que pueda obviarse que lo único disputado, a partir de ahí, ha sido lo que debía por

⁸ Cf. Buber, M. (1996). *Dos modos de fe*. Madrid: Caparrós.

derecho propio denominarse substancia primera (primera en cuanto al rango): Dios, el hombre, el Estado, etc. En segundo lugar, los matices derivados de la propia evolución de las lenguas indoeuropeas. ¿Qué palabra, ya sea verbo o sustantivo, relacionada con la raíz *men-, nos sugiere en castellano la apertura a lo Otro, la espera de lo Otro, la confianza en lo Otro? Ninguna. Pero hay más. Hagamos la prueba de abrir un diccionario que recoja, además de los vocablos castellanos, sus primitivas raíces indoeuropeas. ¿Qué encontraremos en él? Una sola idea vinculada a dicha raíz: la idea de permanencia.⁹ Y si tomamos en consideración, en su conjunto, las lenguas indoeuropeas, ¡henos aquí entonces ante la pregnancia de ese mismo valor semántico reiterado por doquier!

Más allá incluso de la lengua, su veneno se extiende en silencio. Su veneno, sí, pues semejante lógica de la Identidad no invita sino a la muerte. Lo Uno, lo estable, lo permanente, lo que verdaderamente es, el Dios al que ni siquiera los dioses alcanzan, y que, indiferente al reparto del mundo por el que éstos luchan, se alza a la vez victorioso e inmóvil sobre ellos... he ahí Aquél en quien el hombre debe buscar el consuelo que las fluctuaciones de la vida se obstinan en hurtarle, pero a sabiendas de que no podrá él alcanzarlo más que en otra vida. De la India a Grecia, pasando por otros muchos pueblos indoeuropeos de Oriente y de Occidente, sus contornos varían quizá, pero no así la función simbólico-compensatoria que su culto reviste.

Y sin embargo, hemos visto que las propias lenguas indoeuropeas no son impermeables al otro valor semántico presente en la raíz {mana}. Luego, contrastándolas con las lenguas semíticas y con la evolución registrada por éstas, sólo cabe constatar (propongo designarlas así) la existencia de una *evolución asimétrica* y, en el fondo también, la existencia de una *acentuación selectiva*, de nuevo asimétrica (ésta explicando parcialmente aquélla), de los *valores semánticos* inherentes a ciertos lexemas compartidos

⁹ Cf. Roberts, E. A. & Pastor, B., 2001, p. 108.

por ambas. Allí donde, en un caso, uno de ellos prima sobre el otro, en el caso contrario es él el que se extingue o el que se ve poco a poco atenuado. Pudiendo corroborarse este mismo hecho a propósito de otro par de lexemas no menos decisivos para el problema que nos ocupa.

Hay en efecto otros dos lexemas, comparando ahora el hebreo con las lenguas indoeuropeas en su conjunto, que ilustran cuanto decimos. Aún con mayor vigor si cabe. A saber: la raíz verbal tríltera **hwh* (originariamente biconsonántica: {hw}) y su alomorfo **hyh* (introducido probablemente para evitar la relativa confusión entre la primera y el Tetragrama divino: **YHWH*),¹⁰ raíces que dan lugar, respectivamente, a los verbos **hâwâh* y **hâyâh*; y, frente a ambas, la partícula de existencia bilítera **yesh*, o también, más raramente, **'ish*. Cada una de ellas vehicula una opción lingüística y existencial no sólo diferente sino, en rigor, contrapuesta a la otra. Y he aquí que las lenguas semíticas e indoeuropeas han hecho un uso también diverso de cada una. Asimétrico una vez más. Lo que es particularmente evidente si contrastamos el campo léxico de las segundas con el del hebreo.

En las lenguas indoeuropeas encontramos también el equivalente de ambos lexemas.¹¹ Para ser exactos, como dos raíces verbales inicialmente diferenciadas: la raíz biconsonántica **b^h[a]w/û-* (cuya secuencia radical sería pues *b^hw*, sirviendo fonéticamente la vocal de transición entre ambas consonantes y pudiendo variar la segunda: *w = û*)¹² y, asimismo, su alomorfo **fwi-* (por disimilación regular del primer radical: (*p+h =*) *b^h = b^h/b/f*),¹³ y disimilación regular o irregular del segundo: *w = û/u/i*,

¹⁰ Cf. Levin, S., 1995, p. 152.

¹¹ Cf. Levin, S., 1995, pp. 149-153, 253 n. 267; *Semitic and Indo-European II: Comparative morphology, syntax and phonetics*, pp. 7-8, 14-15, 90, 110-111, 114-115, 135-136, 304 n. 67, 397-399, 464-465.

¹² La variante *h/b^h* o disimilación del primer radical vendría dada por la imposibilidad de que los radicales sucesivos de una misma raíz verbal hebrea fueran, ambos, dos consonantes labiales.

¹³ Cf. Hodge, C. T., 1991, p. 152.

constatable la última únicamente en latín),¹⁴ de una parte, y, de otra, la ya mencionada raíz monoconsonántica *h(e)s-*.

A la primera raíz es inherente, tanto en hebreo como en las lenguas indoeuropeas, el significado de acontecer, ocurrir, suceder, etc. Y a la segunda, como sabemos, el de ser (tal sería de hecho la raíz de dicho verbo) en cuanto asentarse y/o arraigar/permanecer en un lugar o en uno mismo.¹⁵ Pero curiosamente, ambas raíces han dado en superponerse semánticamente en las lenguas indoeuropeas hasta confundirse por completo en ellas. En el interior del verbo ser, sin ir más lejos. Así, la tercera persona del singular del presente en modo indicativo da en latín **est* y en persa **hast*, por ejemplo, mientras que la tercera persona del singular del pretérito perfecto da en latín **fuit* y en persa **bûd* (**es* y **fue*, respectivamente, en castellano). Como es razonable suponer, este esquema presenta numerosas variantes de unas lenguas indoeuropeas a otras, pero no así el hecho que él atestigua, el cual quiérese constante.

¿Se trata realmente de una mera superposición semántica? En modo alguno. Para ser precisos, hay que decir que tal superposición ha tenido lugar al precio de verse la primera raíz absorbida por la segunda y enteramente desprovista así de su significado. Vaciamiento semántico, éste, cuyas consecuencias exceden el ámbito de lo puramente lingüístico y mediante el que las lenguas indoeuropeas no han hecho, quizá, más que manifestar una tendencia característica de la mentalidad indoeuropea: la tendencia a afianzar el ser frente al devenir, o sea, a subrayar la permanencia de lo que es frente a la exterioridad a la que está expuesto, nos guste o no, lo que deviene, que justamente porque deviene es susceptible de cambiar. Y ello equivale, evidentemente, a escoger la identidad como razón de ser de las cosas.

¹⁴ Repárese con todo en el paralelismo *hy : fī*.

¹⁵ La identidad ser = asentarse aparece reflejada sobre todo en hitita, lengua en la que el verbo **esh* recibe indistintamente ambos significados.

Lo ocurrido en el caso del hebreo es exactamente lo contrario. Prevalece en él, en efecto, la raíz **hwh/hyh*, que se preserva además como una raíz verbal de marcada importancia, mientras que la partícula **yesh/’ish* queda implícitamente relegada a no ser más que eso: una partícula de existencia que, a lo sumo, sirve para afirmar que hay tal cosa o, incluso, que ella queda. Pero ya hemos visto que el quedar no tiene por qué equivaler, en el campo semántico de las lenguas semíticas, al puro replegarse sobre sí de lo que, aún quedando, no carece sin embargo de exterioridad.

Así que lo específicamente religioso: la apertura del Mismo al Otro como realidad y horizonte de la Revelación, tiene en lo lingüístico un campo abonado de antemano.

Y si es verdad que bastaría quizá, en un sentido, con volver la mirada hacia el campo léxico originario de las propias lenguas indoeuropeas para hallar en él ciertas posibilidades impensadas y a la postre satisfactorias respecto de la necesidad de contemplar esa apertura (en ello consistiría la rememoración a la que antes he aludido), no es menos verdad, por otro lado, que son más en ellas, con todo, los problemas que los recursos. Y si de lo que se trata es de hacer sitio a lo Otro, lo que se perfila ante nosotros no puede ser, en primera instancia, sino el estudio y la interiorización del Decir característico de aquellas lenguas sobre las que descendió la Revelación.

REFERENCIAS

- Levin, S. (1995). *Semitic and Indo-European I: The Principal Etymologies*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Levin, S. (2002). *Semitic and Indo-European II: Comparative morphology, Syntax and Phonetics*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Cohen, D. (1970/1976). *Dictionnaire des racines sémitiques ou attestées dans les langues sémitiques*. París: Mouton, (reed. Lovaina, Peeters).
- Cannon, G. (1991). Jones's Sprung from Some Common Source. En S. M. Lamb & E. D. Mitchell (eds.), *Sprung from Some Common*

- Source: Investigations in the Prehistory of Languages.* (pp. 23-47). Stanford, California: Stanford University Press.
- Ruhlen, M. (1994). *On the Origin of Languages: Studies in Linguistic Taxonomy.* Stanford, California: Stanford University Press.
- Hodge, C. T. (1991). Indoeuropean and Afroasiatic. En S. M. Lamb & E. D. Mitchell (eds.), *Sprung from some common source: Investigations into the prehistory of language.* (pp. 141-165). Stanford, California: Stanford University Press.
- Pokorny, J. (1959). *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch.* Berna: Francke.
- Buber, M. (1996). *Dos modos de fe.* Madrid: Caparrós.
- Roberts, E. A. & Pastor, B. (2001). *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua castellana.* Madrid: Alianza.

segoviamail@yahoo.com